

La Iglesia y el Negro en Norteamérica

Por Ricardo PATTEE

El negro llegó a tierras norteamericanas, si no simultáneamente con el colono blanco, muy poco después y forma parte de los primeros contingentes humanos que comienzan a poblar las regiones donde Inglaterra sentó su soberanía. La Gran Bretaña no tardó en darse cuenta de los pingües beneficios que producía la trata negra. Los empresarios holandeses se habían adelantado en el negocio, y durante los primeros años del siglo XVII eran ellos los que ejercían un verdadero monopolio del tráfico con las colonias americanas. Pero a partir de 1618, la Corona inglesa autorizó la formación de compañías nacionales con el propósito de competir en la lucrativa trata. Nada menos que el Duque de York, luego Jaime II, figuró como uno de los directores de la **Royal African Company**, que se comprometió a remitir 3.000 esclavos anualmente a las colonias antillanas. En 1619 un buque holandés depositó en la colonia de Virginia, 20 esclavos, iniciando así el movimiento africano hacia Norte América. Ya para el año 1661, la esclavitud estaba plenamente reconocida por la colonia como una institución jurídica y social.

El número de negros importados a la Nueva Inglaterra fue, naturalmente, mucho menor. El clima, el sistema económico, el puritanismo de los pobladores, que no eran grandes terratenientes ni habían desarrollado una vida social de plantación como en el Sur, obraban en contra de la esclavitud como una institución de profunda raigambre. No quiere decir por esto que el puritanismo fuese necesariamente hostil a la esclavitud. En manera alguna. Las circunstancias puramente sociales y económicas explican por qué la Nueva Inglaterra no fuese terreno propicio para este desgraciado sistema. En las demás colonias, la esclavitud se introducía poco a poco. En Pensilvania encontramos la oposición más declarada, debido indiscutiblemente a la actitud en esta materia de los cuáqueros. Lo im-

portante no es historiar los remotos orígenes de la introducción de negros en el territorio actual de los Estados Unidos, ni mucho menos señalar las etapas y las vicisitudes de la nefasta trata negrera. Lo importante es indicar que en todos los territorios británicos, protegidos por la ley, los africanos fueron introducidos como esclavos y que el sistema se reconocía oficialmente. Es en el Sur, por cierto, donde la institución prospera y toma auge. En la colonia de la Carolina del Sur, por ejemplo, el número de esclavos había llegado a 12.000 en 1720, mientras que los blancos representaban solamente 9.000. Desde 1690 la legislación colonial había prestado alguna atención al problema de la "preponderancia" de los negros, tomando ciertas medidas para proteger la supremacía de la raza blanca. Tenemos en pleno siglo XVII la afirmación de una actitud que no ha variado en lo esencial hasta nuestros días. La Carolina del Sur ha sido, junto con Misisipí, uno de los dos estados de la Unión donde la población negra es mayor que la blanca. Y es precisamente de estos estados de donde a cada rato salen estridencias acerca de la supremacía de la raza caucásica y la amenaza que representa la presencia de tantos negros. De allí nacen también el racismo arraigado que distingue al Sur. En toda esta zona los negros tendían a aumentar constantemente en número. En Luisiana, por ejemplo, que no sería territorio norteamericano hasta después de la compra en 1803, había 600 negros en 1721; en 1745, un censo incompleto informaba sobre la presencia de más de 2.000.

El sistema esclavócrata inglés se distinguía en general del de Francia, España o Portugal, por la repugnancia profesada a toda mezcla de raza. Jurídicamente el negro no desempeñaba ningún papel en la vida colectiva. Biológicamente, con esa inevitabilidad que siempre se produce donde dos razas conviven, negros y blancos se iban cruzando paulatinamente y a veces imperceptiblemente hasta llegar al estado de cosas que el distinguido africanista norteamericano, Melville Herskovits, ha señalado en su libro **The American Negro** en que el 90 por ciento de todos los negros actualmente residentes en los Estados Unidos, tienen alguna cantidad de sangre blanca en sus venas, y con la misma lógica, un porcentaje elevadísimo de blancos tienen sangre negra, aunque a menudo no la exterioricen. Y esto, muy a pesar de la llamada hostilidad que existe y siempre ha existido entre los blancos de raza inglesa por todo contacto con los africanos. La esclavitud y su triste prolongación en los tiempos actuales, con la segregación y las restricciones, ha sido en los Estados Unidos una tremenda fuerza social y hasta económica, que ha mantenido al negro en su categoría de inferioridad, muy a pesar de que su convivencia ha conducido irremediablemente a que mezclara su sangre con la clase dominante. Muchas de las dificultades proceden también del concepto absolutamente arbitrario de que el tener una sola gota de sangre negra, hace negra a la persona. En una palabra, la definición del término negro no responde a una realidad sino simplemente a una arbitrariedad erigida en norma social. Desde 1664 tenemos en la colonia de Maryland, legislación sobre el cruzamien-

to de razas. Un decreto de aquel año prohibía el matrimonio entre una blanca sierva, o sea, una persona de raza blanca que por algunas razones habían venido a América en calidad de sierva durante un período de tiempo, y un esclavo. Se castigaba a la osada que tal cosa pretendiese, haciendo que la mujer fuese esclava a la vez del amo de su marido. La legislación colonial inglesa está repleta de disposiciones prohibitivas en materia de matrimonios mixtos. Durante la época de la independencia, la legislación de casi todos los estados del Sur prohibía terminantemente el matrimonio entre gentes de la raza caucásica y la blanca. La consecuencia no era impedir las uniones, sino contribuir a que fuesen irregulares.

El negro que vino a Norte América de diversas procedencias africanas no se distinguía de los que pasaron a la América hispana. La tesis anticuada y antihistórica del negro dócil, satisfecha con su suerte y conforme con el triste destino de la esclavitud, carece totalmente de verdad. Los mismos que fueron responsables de la esclavitud y de la sumisión del negro, inventaron una teoría por la cual, el negro, de mentalidad infantil, se regodeaba en su miseria, prefiriendo su estado de sojuzgación a la libertad de que disfrutaban los demás mortales. El mismo Melville Herskovits, ya citado, en un libro formidable, **The Myth of the Negro Past**, demuestra que la idea de que el negro africano era un salvaje sin indicios de cultura o de adelanto, no puede sostenerse. El negro africano se diferenciaba entre sí lo mismo que puede distinguirse un miembro de la Academia Francesa de un montañés de Albania, siendo ambos de raza blanca, pero separados por un abismo en cuanto a cultura. Había en Africa tribus avanzadas y progresistas. Había negros, como los que formaban el reino de Dahomé de una cultura material adelantadísima. Había otros, como los sudaneses, fuertemente influidos por el Islam y que se habían incorporado a la civilización islámica. La tendencia a la rebelión de los esclavos es un fenómeno que se observa en todas partes de América. El distinguido estudioso brasileño, Arthur Ramos, ha demostrado la turbulencia y carácter levantino de los esclavos en la colonia portuguesa que llegaron hasta a formar en Palmares en el siglo XVII una república compuesta exclusivamente por los que habían huído de la odiosa esclavitud. En 1687 existió una conspiración entre los esclavos de Virginia, vigorosamente suprimida. En 1730 en la Carolina del Sur, hubo una rebelión de esclavos y durante un solo año, 1739, los esclavos se levantaron tres veces en aquella colonia.

Durante el siglo XVIII la población negra creció desmedidamente. En el primer censo de 1790, el porcentaje de negros era de 19.3 en los Estados Unidos. Esta proporción representaba un total de 757,208 negros, de quienes 697,897 eran esclavos. Había, por cierto, una clase reducidísima de libertos; de negros que habían sido manumitidos. El negro liberto no se incorporaba, por el mero hecho de serlo, a la vida social o política del lugar en que residía. Era un sujeto que no era enteramente libre ni tampoco esclavo, ocupando una especie de tierra de nadie entre los de su propia raza que ya-

cían todavía en la servidumbre y los habitantes blancos. Los negros tuvieron su participación en la guerra separatista que sobrevino hacia fines del siglo XVIII. Un negro fue efectivamente el primero que cayó en aras de la nueva patria que se forjaba, muerto por una bala inglesa en la primera escaramuza en Massachusetts.

En la Constitución que selló definitivamente la nueva unión norteamericana, el problema de la raza negra desempeñó una función de importancia considerable. Se les planteó a los redactores del famoso documento un problema tan paliagudo como el de decidir si los negros debían figurar entre los pobladores de la nación para los efectos del sufragio y de las contribuciones. Los del Sur, naturalmente, querían que para calcular el número de electores se contasen los negros, aún los esclavos; aunque después estos infelices nada tuviesen que ver con el mecanismo electoral establecido. Se optó por una de esas célebres componendas de que la Constitución norteamericana está repleta. En vez de proclamar a todos los negros habitantes y ciudadanos, o decir que ningunos lo eran, se decidió contar 375 partes de los negros para los efectos arriba mencionados. Se prolongó la trata negrera por veinte años prohibiéndola después de 1808.

No es nuestro propósito historiar en todos los detalles la evolución del negro en los Estados Unidos. Es preciso, sin embargo, para la orientación de esta breve exposición acerca de la labor de la Iglesia Católica entre la raza africana, tener una visión aunque somera de lo que ha sido el negro y el papel que ha desempeñado en la vida norteamericana. Desde el principio de su presencia en los Estados Unidos, el negro se ha distinguido, muy a pesar de las restricciones y cortapisas que hacían punto menos que imposible descollarse. Una mujer como Phyllis Wheatley, cuyo nombre es reverenciado hoy en día por los de color, logró destacarse como fina poetisa y mujer de letras. Nació senegalesa en África y vino a los Estados Unidos esclava. El inmenso Frederick Douglas, nacido en 1817, hijo de un hombre blanco y una esclava y completamente autodidacta, llegó a figurar preeminentemente en el movimiento abolicionista de mediados del siglo y como uno de los oradores más notables de la raza. Fue periodista y finalmente Ministro de los Estados Unidos en Haití. Pero a pesar de estas honrosas excepciones, el negro norteamericano llevaba el enorme lastre de su servidumbre. El problema se convirtió en la cuestión más candente de la vida nacional y junto con otras consideraciones, como la autonomía de los estados, provocó la desastrosa Guerra de Secesión, cuyas dolorosas consecuencias no se han borrado todavía. El regionalismo norteamericano; el abismo entre el Sur y el Norte, data precisamente de esta época. La Guerra de Secesión puso punto final a la esclavitud como tal, pero no sirvió para rehabilitar al negro. El negro se vió obligado a lograr por sus propios esfuerzos su reivindicación. Nunca se ha dado talvez el caso de una raza que comenzó su incorporación a la vida civilizada y moderna bajo tantos oprobios y con mayores dificultades. Despreciada, vilipendiada y aborrecida en el Sur; temida en el Norte por

su posible competencia económica, sin instrucción y sin medios, la raza negra tuvo que comenzar su larga **vía crucis** después de la Guerra de Secesión. Es una de las grandes epopeyas de la vida norteamericana, conmovedora, heroica y tierna. Para los que creen que el negro es incapaz de todas las sensibilidades de la vida occidental; que lo consideran punto menos que animal, allá está el caso de su ascenso dentro de los Estados Unidos hacia el nivel más elevado de la cultura. Pocos le ayudaron. Muchos le estorbaron. Los negros tuvieron que forjarse literalmente una civilización para poder sobrevivir. La sociedad blanca no les admitía; no podían medrar dentro de la estructura social de la nación. No les quedó más remedio que crear un organismo social fuera del corriente, independiente del nacional, aunque dentro de él. Podríamos decir que el fenómeno de la vida norteamericana es de una sociedad dentro de otra sociedad. La vida negra ha alcanzado proporciones de perfección en nuestros días. Ha tenido la raza que establecer sus propias clases sociales, organizar sus escuelas, colegios e instituciones de enseñanza superior, fundar bancos, sociedades de beneficencia y organizaciones de todas clases para su propia protección. Tuvieron que preparar abogados, médicos, dentistas, comerciantes, y banqueros; en una palabra crear de la nada una sociedad, pues para todas estas necesidades estaban rígidamente excluidos de la comunidad blanca. Los negros pasaron por esa época tétrica que se llama la **Reconstrucción**, o sean los años turbulentos y trágicos que siguieron a la Guerra de Secesión. Fueron arrastrados contra su voluntad a una actuación política para la cual no estaban todavía preparados. En muchos casos contribuyeron junto con los blancos sin entrañas que les explotaban, al desbarajuste de muchos años que fueron la secuela inevitable del conflicto. Pero poco a poco el negro comenzó a prosperar. Su progreso ha sido realmente extraordinario. Las hazañas que ha logrado en su adelanto, ofrecer el más rotundo mentís a la idea de su inferioridad. Frederick Douglas decía que, para formar un criterio sobre el progreso de la raza negra en los Estados Unidos, no había que juzgar por los logros, sino por la distancia que ha recorrido desde el punto de partida.

En 1860, nueve de cada diez negros eran analfabetos. Algunos filántropos y sociedades benéficas contribuyeron a la fundación de escuelas para los negros. En 1881, un negro genial y brillante, Booker T. Washington, fundó el colegio de Tuskegee en Alabama para la preparación en los oficios y artes manuales de los jóvenes de la raza de color. El negro norteamericano ha avanzado a pasos agigantados en todas las esferas de la actividad humana. Si examinásemos el panorama de hoy en contraste con el de 1870, por ejemplo, notaríamos que el progreso realizado ha sido nada menos que milagroso, advirtiéndose una vez más que lo que el negro ha hecho, lo ha hecho en gran parte por sus propios esfuerzos. Lo innegable es que este negro, harapiento, mísero y deprimido en los días aciagos después de la Guerra de Secesión, es un negro que hoy día comprende su misión dentro de la nación; que reclama su justa participación en

las responsabilidades que le corresponden como ciudadano y que ha cobrado en el curso de estos ochenta años una plena conciencia cívica y profesional.

La prensa negra, por ejemplo, revela claramente hasta qué punto la raza ha sabido forjar un importante y significativo instrumento para su propio mejoramiento. Revistas tan excelentes como **Opportunity**, **The Crisis** y semanarios como **Chicago Defender**, **Pittsburgh Courier**, **Afro-American** y muchos otros, atestiguan la habilidad del negro en el periodismo. **The Journal of Negro History** y **The Journal of Negro Education** sirven para que el negro se manifieste en el terreno más restringido de la erudición. Económicamente, el negro ha conquistado un sitio firme en la vida de los Estados Unidos. En 1930 había en el país 2.803,756 hogares de familias de color; la cuarta parte de las cuales eran propiedad de sus dueños. En materia de salud y sanidad, la población de color ha ocupado un lugar inferior al de los blancos. En la ciudad de Washington, por ejemplo, donde los negros constituyen un 25 por ciento de la población, el 65 por ciento de los casos de muerte por tuberculosis son de gente de origen africano. Todavía está el negro lejos de haber logrado esa igualdad de oportunidad y de seguridad a que tiene derecho de aspirar. Pero el factor progreso es indudablemente presente. Por ejemplo, existen en la actualidad 44 compañías de seguro, exclusivamente dirigidas y manejadas por negros.

Sería imposible en este resumen hacer justicia al negro en las distintas manifestaciones de la vida y la cultura nacionales. El negro ha sido uno de los artífices más eminentes de la cultura norteamericana. Su influencia se evidencia en todo: en el arte, especialmente en la música, en el folklore y en las artes plásticas. Escritores como Claude McKay, Langston Hughes, Countee Cullen, Richard Wright y otros, le colocan entre los más representativos de la expresión literaria del país. En música, sería imposible hacer un resumen brevísimo de la contemporánea en Estados Unidos omitiendo los nombres de Paul Robeson y la incomparable Marian Anderson.

El problema religioso de los negros en los Estados Unidos es extraordinariamente complicado. Desde el punto de vista del catolicismo, bien podría considerarse pesimista en extremo. Si tomásemos las cifras escuetas acerca de la afiliación religiosa de los 13,000,000 que actualmente habitan el país, la Iglesia podría considerar su misión totalmente infructuosa, pues solamente unos 300,000 de este número profesan la fe católica. En 1929, el Padre John T. Gillard, S. J., hizo una encuesta sobre la Iglesia y el negro, que apareció luego en un volumen titulado, **The Catholic Church and the American Negro**. Cualquiera que lea este informe brutalmente franco, sin ningunos rodeos o circunloquios, quedará pasmado. Infunde un pesimismo que parece imborrable. Sin embargo, este mismo sacerdote, publicó un nuevo estudio en 1941, llamado **Colored Catholics in the United States**. A pesar de que habían transcurrido solamen-

te once años desde la primera investigación, el progreso registrado es realmente notable.

Sería útil examinar el panorama completo de la actividad católica entre los negros, con las cifras y las estadísticas que nos ofrece el Padre Gillard, cuyos estudios y observaciones arrojan una luz clarísima sobre este problema. En 1940 había en el país entero 296,998 negros de afiliación católica, lo que representan un 2.3 por ciento de la población total de color. Desde 1928 esta cifra representa un aumento de 93,012. En todos los Estados Unidos, una persona en cada diez es negra, pero solamente un negro entre cada 43 es católico. Así se demuestra gráficamente la poca o relativamente poca influencia que la Iglesia ha ejercido entre estos millones de gentes. La diócesis que mayor número de negros cuenta es la de Lafayette, en el Estado de Luisiana, con 62,000, perfectamente explicable por los vestigios de tradición española y francesa que todavía perduran en aquellas latitudes.

Otro dato curioso es que el 85 por ciento de los negros católicos viven en las ciudades. Esta concentración urbana contrasta notablemente con el protestantismo, cuya fuerza y prestigio ha sido siempre en las zonas rurales. Para formar una idea cabal de cómo puede compararse el número de negros identificados con el catolicismo y el de los que están afiliados a las diversas sectas evangélicas, basta indicar que la Iglesia Bautista cuenta con 3,894,098 y la Metodista con 1,395,357. Estas dos sectas son, entre todas las protestantes, las que gozan de mayor popularidad entre los negros. ¿Por qué hay tan pocos negros de religión católica? Varios factores influyen para explicarlo. El primer elemento es que la esclavitud estaba concentrada en el Sur, donde las condiciones rurales la favorecían y los esclavócratas eran, en su mayoría abrumadora, protestantes. La Iglesia Católica nunca ha tenido, ni tiene en la actualidad, fuera de ciertas y determinadas regiones, gran ascendencia en el Sur. Si decimos que en la diócesis de Raleigh en la Carolina del Norte, en la actualidad, hay menos católicos proporcionalmente a la población entera del Estado que en la China, lo hemos dicho todo. Así es que el negro, tanto esclavo como liberto y luego emancipado, nunca tenía el más leve contacto con el catolicismo. Vivió en un ambiente protestante, si es que había en torno a su mísera existencia alguna influencia religiosa. La Iglesia Católica, en segundo lugar, creció, aumentó y extendió su influencia entre los grandes núcleos de población en el Norte, y marcadamente en la zona urbana adonde fueron a parar la mayoría de los europeos que emigraron al país. Un tercer factor de mucha importancia y menos reconocido, es el hecho de que los negros que emigraron al Norte para buscar un mejoramiento económico, formaron una categoría ínfima desde el punto de vista social. Estos negros buscaban cualquier trabajo que satisficiera a sus necesidades más apremiantes. No ponían reparos en entrar en competencia abierta con los europeos recién llegados como los italianos, polacos, griegos y demás nacionalidades que, empujadas por una necesidad imperiosa, aceptaban cualquier empleo que se les ofreciese,

produciéndose así una rivalidad a muerte, en que el negro norteamericano veía en el extranjero un competidor peligroso. De aquí nació cierto odio contra el extranjero como elemento económico de cuidado. El negro, de suyo, tropezaba con infinitas dificultades y contratiempos en su lucha por la existencia. Añádase a esto, la presencia de un verdadero oleaje de extranjeros dispuesto a cualquier sacrificio por obtener trabajo, y se comprenderá que entre el negro emigrado del Sur en busca de mejoría, y el europeo recién llegado en busca de un nivel más elevado de vida, se produce una tirantez insoportable. Este extranjero era las más de las veces católico, de modo que el problema económico hizo que el negro viese en su rival industrial al católico. "Lo católico" vino a ser, por consiguiente, sinónimo con lo hostil. El Dr. Du Bois, uno de los escritores negros más finos de los Estados Unidos, en su libro **Black Reconstruction**, señala específicamente este factor, haciendo ver que en las ciudades inundadas por los inmigrantes, los negros se encontraban en los oficios y menesteres más humildes y vulgares, que los europeos recién llegados pretendían arrebatárles. La consecuencia fue una serie de motines, disturbios, rivalidades, roces y antagonismos. En Filadelfia, por ejemplo, entre 1828 y 1845, hubo un número crecidísimo de motines por este motivo.

La Iglesia Católica norteamericana, de suyo, es urbana. Actualmente, el 80 por ciento de todos los católicos del país—unos 23,000,000—viven en ciudades de más de 2,500 habitantes. El negro, hasta hace muy poco tiempo, ha sido fundamentalmente rural. Hace cincuenta años, para tomar un período arbitrario, el 85 por ciento de todos los de raza negra vivían en la zona netamente rural. Así se produjo una separación involuntaria económica y geográfica. El catolicismo no influía sobre el negro por la sencilla razón de que no estaba en contacto con él. El negro nada sabía del catolicismo porque no podía tener ningún conocimiento de él; no lo podía palpar ni se daba cuenta de su presencia. Conocía en casos aislados a los católicos individualmente, pero nada sabía de la vida organizada de la Iglesia. Los únicos lugares que pueden mencionarse como excepción a esta regla general, eran Maryland y Luisiana. Aún en el primer caso, el protestantismo llegó a dominar en la antigua colonia fundada exclusivamente por católicos y después de 1689, la Iglesia Católica pasó a la posición de minoría, más o menos tolerada. En la Luisiana, la transición de territorio español y más tarde francés a norteamericano, hizo que muchos negros ya católicos se perdiesen para la Iglesia. Muchos años después, en 1890, el Obispo Francis Janssens pudo observar que "una de las razones de la pérdida para la Iglesia de muchos negros es la penetración de la lengua inglesa. Entre mucha gente de color, la lengua francesa significa católico; la inglesa, protestante. Tengo pocas esperanzas para la conversión del negro americano que habla exclusivamente inglés". La afirmación del distinguido prelado es interesante, no solamente como una apreciación del tremendo problema de la evangelización de los negros sino de la identificación de una cultura determinada con el catoli-

cismo. Este mismo fenómeno se manifiesta frecuentemente entre los inmigrantes, donde una lengua y una cultura tienden a confundirse. Es posible observarlo entre los franco-canadienses, donde prevalece la idea bien cimentada de que la defensa de la Iglesia, la conservación de la fe y el predominio de la lengua francesa son aspectos de la misma cosa. Entre los mexicanos de la región fronteriza del Sur de los Estados Unidos, hay también cierta afinidad entre lengua y religión que se les hacen inseparables. En el Estado de Louisiana es bien cierto que los negros que todavía conservan el francés, aunque en forma degenerada de mero **patois**, son católicos, mientras que los que se han incorporado al mundo anglo-parlante, han perdido la fe.

La Iglesia Católica puede gloriarse de haber defendido en muchos momentos difíciles la causa del negro. Desde los primeros tiempos de la colonia, cuando los negros todavía no representaban un elemento de mayor importancia, la Iglesia ejerció su influencia en bien de su progreso y de su felicidad. Los jesuitas en la colonia de Maryland eran particularmente asiduos en esta labor. Un informe de 1636 habla, por ejemplo, de los enormes esfuerzos realizados por los jesuitas para celebrar el Sacrificio de la Misa entre los negros e indios. En 1785, John Carroll, primer obispo en los Estados Unidos, envió un informe a Roma en que decía que había en Maryland tres o cuatro mil católicos entre los esclavos. Cuatro años más tarde, uno de los católicos seculares más destacados de la época, Charles Carroll, presentó en la legislatura un proyecto para abolir gradualmente la esclavitud. Hay noticias de un tal Padre John Souge en el condado de St. Mary de Maryland, que, en 1801 fué acusado de incitar a los negros a la rebelión, debido a que sus manifestaciones contra la esclavitud eran fulminantes. Durante todo el siglo XVIII, los Capuchinos en Louisiana hicieron una labor extraordinariamente benéfica entre las masas esclavas. Dos sacerdotes de grata memoria, los Padres Bertrand Martial y Marcellus Borella, fueron especialmente activos entre los esclavos durante los años de 1810 a 1823, logrando un número considerable de conversiones. Como un ejemplo de cómo crecía el número de católicos, cuando había verdadero empeño en llevarles la doctrina, se registraron en la parroquia de Attakapas, Luisiana, entre 1802 y 1840, 2,198 bautismos de esclavos. En 1843, el Padre Megret comenzó la instrucción de los negros de la parroquia de Lafayette. Un caso singular de influencia católica sobre los negros es aquel que se registra en 1862 y 1863, en plena Guerra Civil, cuando el Padre Claude Pascal Maitre se dedicó a incitar a los negros contra los blancos, con una despreocupación completa de lo peligroso de semejante táctica en medio del Sur, que luchaba en aquel entonces por conservar la institución de la esclavitud.

Los concilios de la Iglesia, desde el de Baltimore de 1823, han demostrado un interés sostenido en la suerte del negro. El segundo concilio plenario de 1866 formuló numerosos proyectos para el bienestar espiritual de la raza de color, puesto que el momento era sumamente crítico y los negros se hallaban en plena desorientación. El

concilio de 1884 recapituló los acuerdos anteriores, hizo un resumen de los efectuados y echó las bases de nuevas medidas para ayudar a los negros. Se hizo hincapié especialmente en dos problemas: la segregación y la forma más efectiva de apostolado entre los negros. El problema de la segregación ha constituido siempre una de las inquietudes más hondas para la catequización de la raza. En muchas regiones sería imposible, desde el punto de vista de la prudencia, ir abiertamente en contra de los prejuicios populares. En zonas donde la mayoría abrumadora es partidaria de la separación rígida, los misioneros católicos se encontrarían imposibilitados desde el momento de su llegada para efectuar su labor, si violasen demasiado abiertamente este tabú. A pesar de que la Iglesia no puede admitir como bueno un sistema que prohíbe que la gente de una raza determinada se acerque a los sacramentos simplemente por pertenecer a esa raza, hay todavía la consideración de efectividad y los católicos que han tratado de abrir camino entre los negros del Sur, han comprendido que, por ahora, por lo menos, urge no violentar los prejuicios de los blancos que combatirían el catolicismo con más violencia si viesan que pretendía echar abajo la estructura de su sociedad de castas. La Iglesia ha procedido con suma cautela, comprendiendo que lo más importante es penetrar lentamente en la conciencia de los negros. El problema de las iglesias mixtas fué causa de un debate interminable. Muchos negros parecían preferir al principio iglesias dedicadas exclusivamente a su raza, pues en presencia de los blancos, se sentían cohibidos y molestos y no pocos perdieron la fe apenas ganados, precisamente porque se quiso hacer un reajuste social demasiado radical sin que el ambiente estuviese todavía preparado para ello.

Existe una bien definida tradición católica entre los negros norteamericanos, a pesar de su número exiguo. En 1829 se fundó la primera comunidad de religiosas de color, **Oblate Sisters of Providence**. En 1842, se fundó otra orden, **Sisters of the Holy Family**, que cuenta hoy con más de 200 religiosas y ejerce una influencia muy grande en las misiones entre la gente de color. Después de la Guerra de Secesión vinieron a los Estados Unidos algunos sacerdotes de Mill Hill, cerca de Londres, para dedicarse a las misiones entre los negros. Llegaron en 1871 y durante veinte años, de este seminario inglés fue de donde salieron casi todos los misioneros que se ocupaban de los negros en los Estados Unidos. Es un hecho curioso que fuese un clero británico el que llegó a dedicarse a estas misiones tan abandonadas, mucho antes de que en los Estados Unidos mismos se comprendiese la obligación enorme que pesaba sobre su propia Jerarquía y fieles. La Jerarquía norteamericana no podía dejar que indefinidamente se dirigiese esta importante labor desde Londres. En 1892 la Iglesia norteamericana aceptó la responsabilidad entera de estas misiones, con el establecimiento en Norte América de la Sociedad de San José, o sean los padres josefitas. Esta comunidad había sido organizada bajo la dirección del Padre Vaughan, más tarde Cardenal de Inglaterra, en el año 1866.

Fué Su Santidad Pío IX, quien indicó al entonces Padre Vaughan la conveniencia de mandar sus primeros cuatro sacerdotes a los Estados Unidos para misionar entre los negros recién emancipados de la esclavitud y que carecían de toda atención espiritual. Comenzaron modestamente en la iglesia de San Francisco Xavier en Baltimore, de donde los josefitas han irradiado su influencia a todas partes. En 1888 se inauguró un seminario para la formación de un clero especialmente destinado a las misiones negras. En 1893 culminó todo el proceso de la americanización de la obra, cuando los Cardenales Vaughan de Londres y Gibbons de Baltimore, decidieron separar las dos comunidades, creando la provincia norteamericana de los josefitas con sede en Baltimore.

Además de la Sociedad de San José, cuya obra ha sido principalísima, cuéntase también con la existencia de varias comunidades más que tienen como propósito exclusivo las misiones entre los negros: los Padres del Espíritu Santo, fundados en 1872; los Padres de la Divina Palabra, establecidos en 1906 y los llamados **African Mission Fathers**, formados en 1907. Desde 1884 se había creado una comisión eclesiástica para las misiones católicas entre los negros y los indios que funcionaba en representación de toda la jerarquía. Entre las comunidades de religiosas, además de las señaladas como compuestas de mujeres de color, llegaron varias hermanas franciscanas de Inglaterra en 1881 para trabajar entre los negros. En 1888, otra comunidad, las Hermanas Siervas del Espíritu Santo, comenzaron la misma tarea. En 1891, una mujer nobilísima, Mother Katherine Drexel, organizó las Hermanas del Santísimo Sacramento para dedicarse a esta ingrata pero fecunda labor. La personalidad de la Madre Drexel merecería seguramente una exposición más pormenorizada, puesto que es una de las grandes figuras católicas de los Estados Unidos. De una familia acaudalada de banqueros de Filadelfia, esta inteligente y refinada mujer dedicó su vida a la educación de los negros y de los indios, llegando a instituir una comunidad, cuyos esfuerzos todos van dirigidos a este fin.

Ya se ha indicado que entre 1928 y 1941 mucho progreso se ha realizado, a pesar de que estamos todavía muy lejos de poder presentar un cuadro absolutamente halagüeño del progreso del catolicismo entre los negros. Para indicar lo que se ha hecho en términos del número de misiones, basta decir que las facilidades de esta índole han aumentado un ciento por ciento en el curso de los doce años. Tomemos algunas cifras de varias diócesis para ilustrar este punto:

Misiones entre Negros

Diócesis	Misiones en 1928	Misiones en 1941
Baltimore y Washington	5	11
Lafayette, Luisiana	16	36
Mobile, Alabama	18	29
Nueva Orleans	16	26

El progreso no ha sido idéntico en todas partes, desde luego, pero estas cifras indican más o menos como los últimos diez años han sido testigos de un avance notable que ofrece mucha esperanza para el futuro.

En materia de conversiones entre los negros, hay alguna estadística interesante. Entre enero de 1928 y el mismo mes de 1941, 58,007 negros ingresaron como conversos a la Iglesia. Los centros de mayor número de conversiones fueron Chicago, Filadelfia y Nueva York, todos grandes centros urbanos, lo que viene a confirmar la observación hecha hace poco de que el negro y el catolicismo establecen contacto solamente en las ciudades, dada la naturaleza demográfica de ambos. La migración negra hacia el Norte, que comenzó con la primera guerra mundial y que se aceleró notablemente después, ayudó mucho a la Iglesia para entrar en relaciones con la raza. Conviene a la Iglesia que el Negro la conozca en un medio como el del Norte, menos caldeado y emponzoñado que el Sur, con una atmósfera racial mucho más despejada. Además, la Iglesia cuenta con más clero, está mejor organizada, posee una situación económica más desahogada en el Norte que en las pobres y desvencijadas misiones que mantiene en el Sur. Hay numerosas ventajas psicológicas: la falta de prejuicios contra la Iglesia Católica, que hace sumamente difícil toda labor en el Sur donde el tipo de protestantismo predominante es agresivamente anti-católico y ve con abierta hostilidad todo intento de la Iglesia de establecerse entre los negros. La segregación existe también en el Norte, pero en una forma muy atenuada, en comparación con la del Sur. El sentimiento contra el aislamiento de la raza negra puede expresarse sin provocar la violenta reacción que es la consecuencia inevitable en el Sur. El Arzobispo Spellman, por ejemplo, pudo decir impunemente en la inauguración de una escuela en el barrio negro de Harlem en Nueva York: "En la arquidiócesis de Nueva York no hay escuelas para negros. No hay escuelas para blancos. Hay escuelas católicas para todos los niños".

Actpalmente, según las últimas estadísticas, hay unos 486 sacerdotes dedicados íntegramente a la labor entre los negros. Los josefitas son casi los únicos que no tienen otra finalidad, puesto que la comunidad fué establecida única y exclusivamente para este fin. Otras congregaciones y órdenes tienen también miembros consagrados a esta tarea. Los benedictinos tienen 9; los capuchinos 5, los franciscanos 21 y los redentoristas 16. Los josefitas disponen de unos 153 sacerdotes en servicio activo. Un capítulo muy curioso en torno al negro y el catolicismo en los Estados Unidos, es el clero de color. El primer sacerdote de raza negra y nacionalidad norteamericana, fué el Padre Augustus Tolton, ex-esclavo que fué ordenado en Roma en 1888. Desde luego, es perfectamente conocida la política de la Santa Sede en esta importante materia: la de fomentar por todos los medios un clero indígena, sin ninguna distinción de color o de origen. Los josefitas han tenido varios seminaristas que luego se hicieron sacerdotes entre los negros. En 1920, los Padres

de la Divina Palabra abrieron un seminario en el Estado de Misipi para vocaciones negras. En la actualidad hay unos 25 sacerdotes de color, algunos de los cuales se hallan en las misiones en Africa. Unas 1,670 religiosas de 72 comunidades están dedicadas en alguna forma al cuidado espiritual y material de los negros. Hay 237 escuelas primarias en funciones actualmente, bajo los auspicios de la Iglesia, que imparten enseñanzas exclusivamente a los negros. Hay 48 escuelas superiores o secundarias católicas para ellos; tres colegios y una universidad, siendo ésta la de Xavier en Nueva Orleans, que goza de un bien merecido prestigio entre todas las instituciones de enseñanza superior para la raza negra del país.

Las manifestaciones de paternal afecto y solicitud por parte del Romano Pontifice para con los negros estadounidenses son numerosas, fervorosas y elocuentes. La posición de la Santa Sede contra el racismo es tan clara y contundente que no ha podido dejar de producir una honda impresión entre la raza de color en todas partes del mundo. Las palabras conmovedoras de **Summi Pontificatus** y luego la Encíclica **Sertum Laetitiae**, en que brota la benevolencia y la compasión del Santo Padre para con los negros americanos y en que se condena como una grave responsabilidad personal, cualquier acto que denigre al negro, tienen una significación profunda en la evolución del catolicismo entre los negros de los Estados Unidos. Fuera de la labor estrictamente catequística, elementos católicos han dedicado mucha atención al problema social y económico que produce en el caso del negro una situación de marcada inferioridad. Combatir el racismo, mejorar la actitud social hacia el negro y dignificar en lo posible su posición como ciudadano norteamericano, constituye una tarea de primerísima magnitud. Existe en Nueva York una organización de importancia para el mejoramiento de las relaciones inter-raciales: la **Catholic Interracial Council** que es responsable del establecimiento de una entidad conocida por el **De Porres Interracial Center**, colocando la obra bajo la protección espiritual del extraordinario beato peruano. Publica esta agencia, la **Interracial Review**, órgano de propaganda contra el racismo y a favor de las reivindicaciones más legítimas de la raza negra. El consejo se organizó en 1933 por el Padre John La Farge, S. J., uno de los exponentes más elocuentes, viriles y constantes en los Estados Unidos, de la idea de justicia social y económica para los negros. El Padre La Farge es el autor, además, de varias obras fundamentales sobre el problema racial en los Estados Unidos.

El 15 de mayo de 1942, 24 católicos, destacados en el mundo industrial y comercial, firmaron un manifiesto en que condenaban como "injusta, anti-democrática y una amenaza para la unidad nacional", la exclusión de negros como empleados y jornaleros en las industrias bélicas. El Padre La Farge publicó en 1939 un folleto titulado **A Catholic Interracial Program**, en que propone a la consideración de los fieles un programa perfectamente elaborado para combatir el mal del prejuicio racial y lograr una situación más equitativa en cuanto a la posición del negro dentro de la sociedad nor-

teamericana. Las premisas de este programa son dolorosas y trágicas. Dice textualmente la introducción:

I—Hay una juventud norteamericana, hombres y mujeres, que están llegando a su mayoría de edad, privada, por la única razón de su raza, de la oportunidad de ganarse decorosamente la vida.

II—Hay todo un núcleo de ciudadanos norteamericanos que viven en una inseguridad perpetua en cuanto a sus vidas y sus bienes, carentes solamente por su raza, de la protección de las leyes.

III—Un obstáculo pavoroso se yergue para la conversión de los 13,000,000 de negros a la fé católica.

IV—El terreno es extraordinariamente propicio para el desenvolvimiento y predominio de doctrinas subversivas y destructivas entre esta masa deprimida de la población nacional.

Estas son las consideraciones que constituyen el punto de partida para todo estudio concienzudo del problema de raza en los Estados Unidos. El Padre La Farge describe el carácter espiritual del movimiento destinado a combatirlo y el deber de los católicos de contribuir en todos los momentos, aunque sean difíciles, para extirpar del suelo nacional este horrible estigma del prejuicio de raza, que desfigura, falsea y desnaturaliza las instituciones de los Estados Unidos.

En un discurso, pronunciado ante la Oficina Internacional de Trabajo, el Excelentísimo Monseñor Francisco J. Haas, Obispo de Grand Rapids, habló con franqueza y cierta amargura del apremiante problema de la minoría negra en los Estados Unidos. El delegado belga a esta organización internacional había propuesto una resolución recomendando "normas mínimas de política social para los territorios dependientes, o sean las colonias". Monseñor Haas secundó esta proposición y añadió:

"Tengo el honor de apoyar la moción del señor Wauters, y, como ciudadano de los Estados Unidos, lo hago con plena conciencia de ciertos hechos que me apesadumbran. Primero, nosotros en los Estados Unidos tenemos dentro de nuestras fronteras y, fijaos bien, no en lejanas colonias una décima parte de nuestra población total a la cual los demás negamos en un grado que varía, el ejercicio de sus plenos derechos como seres humanos. La inmensa mayoría de nosotros sometemos a unos 13,000,000 de negros, dotados por Dios con un origen y un destino no menos sagrado que los nuestros, a formas diversas de discriminación con una sola consecuencia, que esta gente oprimida disfruta incompletamente de sus derechos como hombres y mujeres.

Pido vuestra indulgencia para una sola digresión. El reme-

dio más indicado en nuestro país para este mal intolerable es la acción del Congreso, por medio del establecimiento de una agencia que aseguraría, como un mínimo, la igualdad económica. Me complazco en informaros que hay un creciente sentimiento que favorece tal agencia. Desde luego, reconozco que este no es un problema que atañe directamente a la Oficina Internacional de Trabajo y lo traigo a colación solamente para indicaros la posición falsa de un ciudadano norteamericano que apoya una medida en que se insta a otras naciones, distintas a los Estados Unidos, a abolir males como el trabajo forzado dentro de sus posesiones territoriales”.

Nunca se han pronunciado palabras de una franqueza más desamparante ni de una nobleza cristiana mayor. El Obispo Haas coloca el problema en su terreno justo y señala la era que constituye para los Estados Unidos uno de sus males sociales menos explicables.

Concluyamos con las palabras de Su Eminencia, el Cardenal Gibbons que dijo una vez: “La Iglesia Católica tiene ante sí, un deber hacia la población de color de los Estados Unidos que no descuidará y en el cual, una vez que se dedique a él con devoción y energía, no puede dejar de coronarse con el más brillante éxito”.

Ricardo Pattee

(Especial para “Universidad Católica Bolivariana”)